

## Por una nueva enseñanza contando con los medios



**LOS NUEVOS LENGUAJES DE LA COMUNICACIÓN. ENSEÑAR Y APRENDER CON LOS MEDIOS**

Mª Amor Pérez Rodríguez. 255 páginas. Paidós.

Durante los tiempos prehistóricos, el hombre aprendió a interpretar los signos que grababa en paredes, tejidos o rocas. Así, por ejemplo, los dibujos de bisontes en cuevas podían indicar zonas prósperas de caza. Después apareció el papel, pero la idea seguía siendo la misma. Esos signos se traspasaron el nuevo soporte y los hombres aprendieron a manejarlo y a entenderlo. En el siglo XV llegó la gran revolución, la imprenta de Gutenberg, que hizo universal el lenguaje escrito. Se multiplicó brutalmente su incidencia para llegar a la mayor parte de la sociedad. El problema

surgió cuando ese mensaje escrito no se comprendía. Fue, y sigue siendo necesaria, una alfabetización de escritura/lectura para poder entender el mensaje que recogen esos libros impresos. Y esa alfabetización es imprescindible para poder afrontar con garantías de desarrollo y plenitud la vida en sociedad. Hasta ahí no hay duda.

Pero aterrizó casi 500 años después de Gutenberg el siglo XX, y trajo la radio, en los años veinte, y la televisión, en los cincuenta, y los ordenadores, en los ochenta, y los teléfonos móviles, en los noventa. Y la sociedad cambió. Porque se introdujeron nuevos medios de comunicación que iban más allá de la palabra escrita y de la lectura. Y esos medios continuaron, y hoy aún siguen, desarrollándose. Hasta desembocar en una sociedad multimedia, con prensa, radios, televisiones digitales, el mundo conectado a Internet y los teléfonos móviles. Pero la sociedad no caminó

de forma paralela, y lo que antes sí se había producido con el mensaje escrito, no ocurrió con los multimedia.

Desde los años noventa, sobre todo, y con especial efervescencia por parte de algunos sectores de la comunidad académica, se reclama una “alfabetización audiovisual” –hoy ya es “multimedia”–, para poder comprender la nueva sociedad de los medios de comunicación. La televisión se puede ver y se entiende, sí, a diferencia de un libro que no se puede leer si no se sabe. Pero no sólo es importante el mensaje, o en este caso el código. Además de saber codificar y decodificar, son necesarias más capacidades con los medios de comunicación. Hay que saber interpretar, situar, criticar y valorar.

“A los medios se les juzga midiéndolo y comparando el mecanismo y los efectos con un modelo del hombre del Renacimiento que no existe ya”, afirma el semiólogo italiano Umberto Eco. Una idea clave para comprender la nueva alfabetización necesaria. “La cultura cibernética es la primera cultura universal en la historia del hombre”, explica el intelectual estadounidense Noam Chomsky. Y ésa es la segunda idea fundamental para completar el puzle de la sociedad multimedia.

La globalización, el desarrollo imparable de las nuevas tecnologías y la vida en un mundo cada vez más conectado hacen que los medios de

comunicación de masas sean actores principales en la vida de todas las personas. De ahí que conocerlos, para poder juzgarlos, para poder interpretarlos, para no ser esclavos de éstos, sea una estación de parada obligatoria en la evolución de la humanidad.

María Amor Pérez Rodríguez, profesora de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Universidad de Huelva, aboga en su libro *Los nuevos lenguajes de la comunicación. Enseñar y aprender con los medios* por realizar una educación en medios de comunicación cuya finalidad “no ha de ser otra que la comprensión activa y consciente de los mensajes de los medios y de la interpretación que estos hacen de la realidad, de manera que las personas se formen para un consumo activo y crítico de estos”.

Sin embargo, la educación, que es el camino para la alfabetización multimedia, no tiene hueco aún para estas enseñanzas. A pesar de que ha sido reclamada su inclusión en los proyectos curriculares, sigue al margen, y los medios de comunicación no pasan de ser en las aulas un recurso didáctico, muy lejos de la implicación y trascendencia que deben llegar a tener.

Las asignaturas que hoy figuran en los programas no tienen capacidad para tratar la realidad de los medios de comunicación con la profundidad que merecen. Pero otro tanto ocurre con las didácticas hoy en uso.

Porque la enseñanza de la competencia mediática, que sería la capacidad de convivir de igual a igual con los medios de comunicación, requiere nuevas formas de enseñanza. Se han quedado obsoletas aquellas didácticas que hablaban de la supremacía de las palabras, incluso las que ya aludían a un dominio de la imagen. Hoy el cambio en la comunicación es continuo, cada día avanzando a nuevas formas y la realidad es un complejo entramado de códigos diferentes, pero que se complementan entre sí. Hay una basta oferta de televisión pero que repite las mismas formas. Está Internet, con un universo plagado de información que es necesario saber seleccionar. Y están, por ejemplo, los teléfonos móviles, con un nuevo lenguaje en formación a través de las generaciones más jóvenes que hasta ahora era absolutamente desconocido y que, por su uso retirado en los mensajes de texto, se extiende a otras formas de comunicación de la vida diaria.

Tratar con todo esto, y poder salir victorioso, implica que sea necesaria una nueva educación, en constante cambio, y capaz de renovarse. Una educación que enseñe a ver la televisión y a usar el ordenador. Una educación que siga insistiendo en la lectura, pero que no se quedé sólo ahí, porque estará, como hoy ocurre, desfasada.

Porque los medios de comunicación, según explica la profesora Pérez

Rodríguez, moldean opiniones, crean otra realidad y manipulan, además de que están bajo el control de dueños con sus propios intereses, la educación debe ir encaminada a permitir a las personas desenmascarar esos medios, poder analizarlos críticamente y a ser capaces de entender la cultura audiovisual.

Para ello se reclama una “educación multidimensional” que convierta a la persona en un emisor activo y a la vez en un receptor crítico, que fomente la creatividad, que enseñe a descodificar los nuevos códigos, que permita realizar juicios y que favorezca la expresión. Es decir, una educación completa en esta materia, que demuestre, sobre todo, y como tres pilares básicos, que los medios son recursos, objeto de estudio y lenguaje.

La teoría es clara y sencilla. Y la práctica, la forma de llevarla a la realidad, tampoco es complicada. Conocer los medios de comunicación se hace ya hoy día en facultades de las conocidas como ciencias de la información, por lo que el modelo podría ser extrapolable a otros centros educativos. Porque conocer los medios es conocer sus géneros, sus formas, su estilo, sus recursos, y, por otro lado, e igual de importante, su procedencia y su pertenencia.

Sólo a través de esa enseñanza, nueva, como los tiempos que vivimos, puede garantizar a la persona la capacidad de desarrollarse en una sociedad multimedia. Porque este

mundo es el mundo de los medios de comunicación. “La historia, los conflictos, las migraciones, las igualdades y desigualdades, los hombres y mujeres son si están en los medios, si entran en su discurso”, afirma Pérez Rodríguez. Aunque todavía las voces que reclaman e insisten en esta necesidad educativa siguen cayendo en saco roto. Y mientras así ocurra, más ancha será la brecha.

## Detrás de toda información hay una filosofía de la vida



### MÁS ALLÁ DE LA NOTICIA. LA FILOSOFÍA DETRÁS DE LOS TITULARES

Juan Baggini. 272 páginas. Editorial Cátedra.  
Colección Teorema.

Juan Baggini es editor de *The Philosophers' Magazine* una publicación británica de gran prestigio. Baggini hace honor en todos sus escritos –artículos y libros– a su condición de filósofo de la vida. Todas las facetas de la vida humana son susceptibles de ser sojuzgadas y analizadas desde una perspectiva dialéctica y filosófica, y Baggini se esmera en demostrarlo. La mayoría de las veces lo consigue. Este libro es convincente y versa fundamentalmente sobre la relación entre la filosofía y el mundo real. No se trata de la filosofía pura de Kant o de

Nietzsche; Baggini maneja unos conceptos filosóficos elementales y muy asequibles. Constituye el libro un alegato enjundioso contra la intransigencia del pensamiento, contra la convicción militante tan poco o nada razonable generalmente.

Los medios de comunicación suelen pertenecer a este apartado último. Por lo general exponen su argumentario acerca de una noticia sujetos a los parámetros de la absoluta convicción y de la posesión de la verdad. Son, la mayoría de los medios de comunicación, un tanto, –un tanto bastante–, agustinianos. Su convicción sobre la posesión de la verdad los descalifica desde el punto de vista de la filosofía de la vida expuesta por Baggini que basa sus argumentos en casos recientes y de trascendencia mundial. Por ejemplo, la invasión de Iraq. Para unos ha constituido un acto de justicia en cuanto que se trataba de una defensa contra el brutal terrorismo islámico, para otros la invasión fue una decisión del imperialismo de Bush auspiciado por los intereses económicos emanantes de la industria petrolífera.

Dice Baggini que el problema para muchos es que no parece haber manera de probar una cosa ni otra. Al no haber pruebas, no puede haber conocimiento de la verdad y entonces lo único que permanece es la diferencia de opinión. Pero esta línea de razonamiento –a juicio de Baggini–, avanza demasiado rápida-

mente y se basa en una de las mayores pistas falsas de la historia de la argumentación: el significado de la demostrabilidad, una exposición debida a Hume.

En *Más allá de la noticia*, Baggini demuestra, con cierto apasionamiento en pos de la cercanía a la verdad, que detrás de todos los aspectos noticiosos es posible encontrar una interpretación filosófica de la interpretación. Por supuesto, en sus modelos-ejemplos no podría faltar el sexo-drogas-dinero en torno a los personajes famosos. El caso objeto de análisis, un auténtico novelón como lo denomina Baggini, es el Clinton-Lewinsky un asunto, sin duda, con todos los ingredientes no sólo para filosofar sino, incluso, para escribir un tratado sobre el tratamiento de la información. En casos como éste hay que distinguir entre lo público y lo privado cuya frontera es de difícil discernimiento a veces. Las interpretaciones fueron variadas; desde la intransigente del ultraconservador y fascista fiscal, un genuino representante de los falsos moralistas estadounidenses, que estaba empeñado en cargarse a Clinton, hasta el ciudadano para quien una mamadita de más o de menos, aunque fuera en el Despacho Oval, no tiene más trascendencia que la de una cuestión puramente divertida. A partir de esta exposición Baggini expone todo un tratado en que son de indispensable consideración, la moral, la ética, el deber y el

derecho, entre otras. En sus conclusiones el filósofo-periodista hace especial hincapié en las consideraciones éticas.

En uno de los capítulos, intitulado con el sugerente “las elecciones aburren”, Baggini hace interesantes consideraciones sobre la libertad y la igualdad, y así dice algo realmente digno de detenido análisis. Para este escritor, filósofo y periodista sería posible, dice, explorar sistemáticamente los diferentes tipos de libertad y de igualdad y examinar cuáles pueden darse o no darse juntos. Pero lo que no se puede es tener todo, remata con absoluta simpleza. Las disquisiciones sobre la libertad y la igualdad de Baggini son de interés e insiste en que la filosofía puede ayudarnos a hacernos unos animales políticos más prudentes, cosa que haría falta a unos cuantos, sin duda.

Precisamente relacionado con la prudencia se incluyen en el libro dos apartados a modo de conclusión que plasman con cierta claridad el pensamiento de Baggini. El primero dice: la persona auténticamente filosófica trata sus propias opiniones con tanto escepticismo como las de los demás. Siempre está dispuesta a someter cualquier creencia a examen racional, no como un juego, sino con el fin de entender mejor. La amplitud de sus perspectivas y la apertura de sus argumentos dan a su vida una suerte de libertad y de espacio. Adquiere un sentido de perspectiva y de humil-

dad. Aprende a distinguir cuándo es adecuado pensar y qué tipo de razonamiento se adapta a diferentes propósitos. No siempre espera las respuestas finales, sino que sigue el consejo de Aristóteles de esperar sólo el grado de precisión que cada tema permite. Ni se niega dogmáticamente a aceptar nada que no tenga una explicación racional, sino que usa la racionalidad como instrumento y guía pero acepta que no siempre puede ésta llevar a cabo la tarea completa. Tal vez lo más importante sea que la información que adquiere mediante su seguimiento de las noticias informa sus creencias y opiniones al menos tanto como sus creencias filosóficas informan su comprensión de esas noticias.

Y el segundo, quizá más tristemente cercano a la cotidiana realidad, señala que la persona seudofilosófica cree ser muy prudente. Cuida celosamente sus pequeñas teorías y complace a las pobres almas que le critican sólo porque no entienden. Lee lo que dicen las personas de vida pública sólo para derramar su desprecio sobre lo que no comparte y desmontar sus argumentos. Este tipo de persona se siente feliz de criticar a las figuras involucradas en asuntos públicos y se mofa de ellas por la ingenuidad de sus opiniones. Se siente por encima de los quehaceres de la vida cotidiana. Vive, en muchos sentidos, en su propio mundo aislado, del que sólo se asoma para decir a los demás

que están equivocados y comprar alientos. Digno colofón a tan digno libro.

## El camino hacia el futuro y lo real a través del tiempo



### LA NARRACIÓN COMO REALIDAD VIRTUAL

Marie-Laure Ryan. 420 páginas. Paidós

El futuro y los adelantos tecnológicos han traído la realidad virtual. Dos conceptos que parecen opuestos pero que combinados dan lugar a una nueva experiencia basada en dos características principales: la inmersión y la interactividad. Realidad virtual conocida son, por ejemplo, los juegos en los que una persona se coloca un casco con unas gafas y unos guantes especiales con sensores y que dan la impresión de trasladar al jugador a un mundo nuevo de tres dimensiones en el que se mueve e interactúa con una sensación de falsa realidad. El jugador está inmerso, porque está metido en el juego o el programa determinado, e interactúa, porque tiene diferentes opciones para elegir, según lo que quiera, o según lo que establezca el programa. La realidad virtual, en constante desarrollo y cada vez con mayor número de aplicaciones al margen de la lúdica, como demuestran los avances en el sector de la medicina, por

ejemplo, es la base que establece la escritora estadounidense Marie-Laure Ryan para tratar de aventurar cuál puede ser el futuro de la narrativa, de la literatura, y, por extensión, del arte.

A lo largo de la historia siempre ha habido inmersión en la literatura, aunque en menor grado que la que la realidad virtual ofrece. Todo el mundo en alguna ocasión ha manifestado estar “metido” en un libro, o “atrapado” por una historia, o ser incapaz de “despegarse” de una narración. La interactividad, por otra parte, ha tenido diferentes caras, desde los que la han defendido y potenciado, para hacer al lector partícipe, a los que la han criticado, por considerar que la historia se desarrolla por sí misma y que la acción del lector no debe darse.

Ahora bien, las nuevas tecnologías han acentuado ambos conceptos hasta puntos muy lejanos. La interactividad, hoy día, con los medios electrónicos, permite al usuario ser además autor, elegir qué quiere hacer en cada momento, por dónde ir, qué puede suceder. Así ocurre, por ejemplo, con los juegos de rol en la red, en los que usando un texto como punto de partida un grupo de jugadores recrea un mundo artificial y legendario en el que ellos son protagonistas y creadores. Por su parte, la inmersión debe superar las trabas de muchos detractores, porque la imagen que queda de ella es, por

ejemplo, la de los adictos a esos juegos de rol, que acaban sin saber diferenciar entre la realidad o la ficción, o, como señala Ryan, la de niños deprimidos por la muerte de sus mascotas virtuales.

El debate está por tanto en saber si la nueva narrativa será capaz de agrupar inmersión e interactividad o si bien, según cada caso, se decantará por seguir sólo un camino. Para Ryan, ambos conceptos no son complementarios, ya que la inmersión hace alusión a lo corporal, a una persona que se introduce en una historia, y la interactividad se refiere a lo cerebral, a la toma de decisiones del lector. Para la autora estadounidense “la inmersión es la experiencia a través de la cual un mundo de ficción adquiere entidad como realidad autónoma” y para que un texto sea inmersivo debe “crear un espacio con el que el lector pueda crear una relación”. Al contrario, la interactividad responde a una “colaboración entre lector y texto en la producción de significado”, de ahí que sea ese lector el que en mayor o menor grado, según las opciones estén predefinidas o no, condicione el resultado.

Así, a pesar de que los hipertextos que ofrece la nueva tecnología sean en teoría terreno fértil para favorecer esa fusión plena entre interactividad e inmersión, para Ryan ambas características de la realidad virtual no encajan tan bien en la narrativa. Siempre prevalecerá más una cuali-

dad del texto que la otra, por lo que, según se desprende de su análisis, la narrativa del futuro no será tan diferente. Y si no, basta hacer un recorrido por la historia de la literatura para ver ejemplos claros de inmersión e interactividad. La propia Ryan propone algunos ejemplos, entre los que destaca el poeta Baudelaire, quien atormentado en el mundo real, subido al tren de las drogas, viaja en busca de un lugar que lo satisfaga en la imaginación. Una inmersión con ayuda externa en este caso por el efecto de esas drogas, pero una inmersión en los textos.

Aunque uno de los casos más representativos, y lo es tanto de inmersión como de interactividad, es el de *El Quijote*, en el que el protagonista se adentra tanto en los libros que enloquece y lleva sus historias al mundo real, produciéndose así una inmersión absoluta y una cierta interactividad, aunque él no actúa dentro de las historias sino en la suya propia.

Quinientos años después, inmersión e interactividad son, gracias a la realidad virtual, el paradigma del futuro electrónico. Ryan lo destaca de esta manera, a pesar de que considera que no tienen esa perfecta fusión en la narrativa. Pero no duda en reconocer que “la idea de la realidad virtual puede seguir utilizándose como una metáfora de la experiencia artística plena”.

De esta manera, todas las formas de arte, y ahí da el salto de la narra-

tiva al arte en general, tienden a buscar tanto la inmersión como la interactividad. La inmersión supone atrapar al lector, oyente o espectador en la obra. Conseguir engancharlo para que forme parte de la representación. La interactividad supone permitir que ese lector, oyente o espectador no sea parte pasiva sino activa del proceso artístico. Hoy, los museos de arte moderno tratan de fundir estas dos características con complejos montajes audiovisuales en los que el visitante puede sentirse parte de la propia obra e incluso interactuar con ella. Haces de luces con mensajes que el espectador atraviesa a su antojo, proyecciones con juegos de luces y sonidos, construcciones que pueden ser manipuladas al gusto de las personas que las contemplan... Las formas son múltiples y cada vez más frecuentes, pues aún se está en una fase de inicio y de investigación de estas nuevas tendencias, vanguardias de un tiempo de avances tecnológicos en el que la realidad virtual es la referencia.

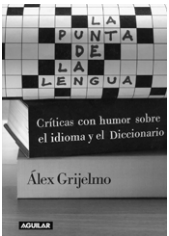
Para Marie-Laure Ryan, un exponente muy importante de este futuro artístico es lo que denomina “drama interactivo”. Con el recuerdo siempre presente de experiencias históricas que hacían partícipe al espectador, como los muñecos, el teatro callejero o la comedia del arte, Ryan vuelve a mirar a la narrativa para señalar hacia textos que logren lo que los juegos de rol. Textos cuyo objetivo final



es “romper la distancia entre el autor, espectador y personaje”. Lograr que coincida todo en una persona, que el lector participe, que el espectador invente y que el oyente actúe.

De ahí esa insistencia en que la realidad virtual es una metáfora del arte total. Porque el objetivo de la narrativa del futuro, y con ella de todo el mundo del arte, será “sobrepasar los límites de la representación y alcanzar lo real”. Como hizo Cervantes hace medio milenio con Don Quijote, pero sin llegar a ser perjudicial para la salud.

## Horrores y gracias del metalenguaje informativo



LA PUNTA DE LA LENGUA  
Álex Grijelmo. 286 páginas. Aguilar.

El recién nombrado presidente de la agencia Efe, Álex Grijelmo, prosigue su lucha contra los indiscriminados ataques a la lengua española. Miedo nos da afrontar esta reseña ante el peligro que puede suponer incurrir en incorrecta expresión, inadecuada utilización de alguna palabra o en equivocada aplicación de frase. *La punta de la lengua* se aleja, en demasía, del sentido didáctico que impregnan las anteriores obras de Grijelmo. La pri-

mera de ellas, *El estilo del periodista*, es, sin duda, la mejor de todas cuantas ha escrito. Una obra seria y contundente, si es que se puede aplicar esta expresión a tan docto libro.

En *La punta de la lengua* no se abordan los asuntos serios de la primera obra de Grijelmo pero, como compensación, hay un punto de fino humor inmerso en una controversia sobre la utilización de distintos vocablos. No ha pretendido la exhaustividad y por eso divide el libro en cinco partes.

Dice en la primera, a la que denomina “administrativismos” que éstos vocablos se cuelan en tal cantidad de documentos oficiales que llegan a parecer palabras de uso general y de aceptación cotidiana. Pero en realidad, aclara, sólo existen en estos papeles y lo que fundamentalmente consiguen es levantar barreras entre los administradores y administrados. Para Grijelmo la utilización de esta palabrería constituye un abuso que suele acobardar al ciudadano y que únicamente son trampas. Hay varias expresiones para escoger. Vayamos hacia una de ellas, por ejemplo “patrullas unipersonales”: en ella Grijelmo ve una contradicción brutal. Y así es ya que la definición oficial de tales patrullas unipersonales “es la formada por un guardia civil de tráfico que realiza el servicio en un vehículo equipado con medios tecnológicos avanzados para reforzar su seguridad” mientras que en el diccionario de la RAE se dice de

patrulla que es “una partida de soldados u otra gente armada, en corto número, que ronda para mantener el orden y seguridad en las plazas y campamentos” o un “corto número de personas que van acuadrilladas”. Por tanto “patrulla unipersonal” es lo mismo que “pareja de uno”, “equipo de uno” o “familia unipersonal”. Lo que más le divierte a Grijelmo –la verdad es que la cosa tiene bastante gracia– es cómo se explicaba en la página web de la Guardia Civil uno de los aspectos del funcionamiento de estas patrullas de uno: “Finalizará la instrucción con la incorporación del vehículo conducido por el usuario al flujo circulatorio”. Y se pregunta que puede ocurrir si en ese momento no pasa nadie por la carretera y, por consiguiente, no existe el flujo circulatorio.

Más adelante describe el autor numerosos usos del lenguaje periodístico en el mundo de la política –y así bautiza al capítulo, como “politiqüismo”– y una gran verdad dice cuando señala que el mundo de ETA nos ha ganado la batalla de las palabras. Ahí están la *kale borroka* o “lucha callejera”, el “impuesto revolucionario”, la “tregua”, “el conflicto entre el País Vasco y España” y otras cuantas lindezas de esta guisa. Estos politiqüismos, según Grijelmo, buscan la manipulación de los subconscientes y bien cierto es, podemos añadir, que lo consiguen en gran número de ocasiones. Desde luego muchos han

de sentirse aludidos, entre el ramo periodístico. Cargado está de razón, y de razones, cuando hace referencia a algunos colegas que, desde su posición de dominio y de influencia, siguen años y años impertérritos asesinado el lenguaje. Como ese magnífico especialista en baloncesto que se sigue empeñando en decir ganar *de* dos puntos, por ejemplo. Recientemente, y con motivo de la transmisión de la Eurocopa que se desarrolló en Portugal, los espectadores de Televisión Española han tenido la oportunidad de oír, uno y otro día, un sinfín de aberraciones lingüísticas procedentes de la boca de Michel, el ex jugador del Real Madrid, abonado, para sufrimiento de los aficionados al fútbol, al papel de comentarista desde hace tiempo. El libro fue escrito antes, una lástima. Hubiera tenido Álex Grijelmo material abundante casi para un monográfico dedicado al ex futbolista.

Repasa Grijelmo con sentido crítico y fina ironía vocablos y expresiones como esa de “desde”, desde la honradez, desde el resentimiento o desde infinidad de tonterías (expresiones) a las que tan aficionados son los políticos. Y sigue con el lamentable “posicionarse” o “priorizar” y explica, una vez más lo que es un millardo. No tiene desperdicio al apartado dedicado al presentador del programa *Operación Triunfo*, Carlos Lozano, empeñado en decir *tamién, tolas canciones, habís perdido todos* o en dar las

gracias a *tol público castao aquí*. Memorable. Casi tanto como las expresiones deportivas “tiempo de descuento”, que lo siguen diciendo en Canal+ Carlos Martínez y el inglés Michael Robinson, cuyas actuaciones son una afrenta permanente al idioma español; la “opción de gol”; “hacer cajón”, por subir al podio o “más líder”. No resiste Grijelmo la tentación de volver a explicar lo incorrecto de llamar “keniatis” a los kenianos. Es una de sus pequeñas obsesiones idiomáticas.

Y no se libran de esta cruzada apasionada en defensa del lenguaje los médicos, ni los pilotos de aviones, ni los cantantes. Éstos últimos ocupan un buen número de páginas. Tiene gracia el capítulo pero transmite no demasiada seriedad. Sí se encuentra ésta en el apartado dedicado a los anglicismos y a los galicismos. No bien parada sale la Academia. A Grijelmo, puritano él, en estos menesteres de la lengua no le agradan los excesos liberales de los académicos y, mucho menos, que se acepten en el Diccionario palabras que no son españolas. No supone, dice el

autor, estas palabras aporte alguno al idioma. Más bien al contrario, suponen destrucción, son palabras depredadores que se comen a las autóctonas, más verdaderas y sabrosas. Y la lista es amplia: estocaje, *cutter*, *pay per view*, *kit*, *pack*, *full time*, *córner*, *holding*, *playback*, *marketing*, *puenting* y unas cuantas más. Pero en este aspecto poco hay que hacer contra la invasión. Es irreversible.

Después del correspondiente repaso a los latinajos, a las malas traducciones y a algunos neologismo más o menos aceptables hay un capítulo dedicado a las palabras moribundas. Aquí el autor se siente invadido por la nostalgia y acaba con aquella expresión tan curiosa de *ye-ye* y, como buen futbolero, con un recuerdo al equipo del Real Madrid que ganó la Copa de Europa en 1966. Es un libro entretenido y sus diatribas contra la profesión son justificadas. Lo único que cabe esperar es que tan docto autor no lea esta humilde reseña sobre su libro, no sea que también seamos incluidos en el saco de los depredadores del lenguaje. ❖